



enicienta

A traditional tale
In simple Spanish
The Stories First Foundation

Copyright 2020 The Stories First Foundation
Free to reproduce or distribute for
non-commercial classroom use. All
commercial use prohibited. Learn more at
storiesfirst.org

Written by Chris Stolz
Edited by Miriam Oliva-Alvarez
Illustrated by Millicent Sowerby

Cenicienta

In simple Spanish

By Chris Stolz



The Stories First Foundation
Storiesfirst.org



Había una vez, hace mucho tiempo, una joven muy bella que se llamaba Cenicienta. La Cenicienta tenía el cabello rojo, largo y ojos verdes. Ella era muy inteligente y amable y le encantaba contar chistes.

Pero era muy infeliz. Su padre y su madre habían muerto y Cenicienta vivía con su madrastra y dos hermanastras. Aunque todas ellas vivían en una casa grande, en realidad, eran muy pobres.

La madrastra quería que una de sus hijas se casara con un hombre rico, así ya no seguirían siendo pobres. Pero las hermanastras de la Cenicienta no eran tan guapas, ni tan amables ni tan divertidas como la Cenicienta,

Los hombres que venían a la casa, siempre se enamoraban de la Cenicienta de inmediato y nunca miraban a las hermanastras. Eso frustró a la madrastra, así que ordenó a Cenicienta que hiciera todos los quehaceres de la casa.

“¡Limpia la cocina!” le exigió la madrastra.
“¡Limpia las ventanas!” *“Limpia el baño!”*

La madrastra quería que la Cenicienta se sintiera miserable. Las hermanastras tenían hermosos vestidos y zapatos, pero el vestido de la Cenicienta estaba hecho de harapos viejos.

Las hermanastras siempre comían los alimentos más deliciosos, pero la Cenicienta siempre comía las sobras.

Y las hermanastras dormían en sus camas cómodas en sus dormitorios, pero la Cenicienta dormía en una cama de paja en el piso de la cocina.

Los animales eran los únicos amigos de la Cenicienta. Por la noche, ella se sentaba junto a la chimenea en la cocina y contaba chistes a la familia de ratones que vivían en la pared. Ella hablaba con el gato.

“Un día mejorarán las cosas”, le dijo ella al gato.
“Miau...” respondió el gato.

Un día, mientras la Cenicienta estaba en el jardín, llegó una carta a la casa. Era una invitación al baile de verano del rey. La madrastra y las hermanastras de la Cenicienta estaban muy entusiasmadas.





La madrastra y las hermanastras dijeron con entusiasmo:

“¡El príncipe estará allí!”

“¡Él es muy guapo!”

“¡Él es muy rico!”

“¡Él necesita una esposa!”

Las hermanastras pasaron semanas preparándose para el baile. Compraron vestidos nuevos, zapatos nuevos y bolsos nuevos. El día del baile, la Cenicienta les ayudó a ponerse sus vestidos y a arreglarse su cabello.

“¡Oh, tengo una magnífica idea!” exclamó la hermanastra menor. “¡Cenicienta, ven al baile con nosotras! ¡Será más divertido si tú estás allí!”

“Oh, pero no tienes nada que ponerte...” ríó la hermanastra mayor. “No puedes conocer al príncipe llevando puesta esa ropa sucia y vieja. ¡Qué lástima! Quizá la próxima vez”.

La Cenicienta intentó no llorar. Terminó de vestir a sus hermanas y, luego, bajó a la cocina.

“Un día mejorarán las cosas”, le dijo ella al gato. “Miau...” respondió el gato.

Justo entonces, hubo un destello de luz, y una anciana apareció en el rincón de la cocina.

“¿Quién...quién es usted?” dijo la Cenicienta.

“Soy tu hada madrina”, dijo la anciana. “Tú eres huérfana, y todos los huérfanos tienen hadas madrinas”.

El hada madrina acarició al gato.

“Este gato me cuenta lo amable que eres. Y cómo siempre deseas que las cosas mejoren algún día. Hoy es ese día, Cenicienta. ¡Vas a ir al baile del rey!”

¡Tráeme una calabaza!

La Cenicienta corrió al jardín y cogió una gran calabaza. El hada madrina tocó la calabaza con su varita mágica y la convirtió en una carroza de oro.





“¡Vengan acá, ratoncitos!” les dijo a los ratones de la pared. De nuevo, hizo un movimiento con su varita y los ratones se convirtieron en seis hermosos caballos para jalar la carroza.

“¡Pero no tengo vestido!” dijo Cenicienta.

“Tranquila”, dijo el hada madrina. El hada madrina tocó el vestido de la Cenicienta con su varita mágica. El vestido sucio de la Cenicienta se convirtió en un vestido plateado espectacular. Y dos bellas zapatillas de cristal aparecieron en los pies de la Cenicienta.

“Ahora, ¡ve al baile!” dijo el hada madrina.

“¡Pero debes estar de regreso en casa a la medianoche! Cuando el reloj marque las doce, tu vestido se convertirá de nuevo en harapos y tu carroza se convertirá de nuevo en una calabaza. ¡Diviértete!”

Y con otro destello de luz, el hada madrina desapareció.

“¡Voy a ir al baile!” dijo la Cenicienta.

“Miau...” dijo el gato.

En el baile del rey, el príncipe estaba muy aburrido.

Se sentía como si hubiera bailado con todas las jóvenes del reino. Todas las mujeres vestían hermosos vestidos, pero ninguna de las mujeres eran interesantes. Ninguna de ellas entendía sus chistes.

El príncipe había acabado de bailar con una de las hermanastras de la Cenicienta cuando la sala repentinamente se quedó en total silencio. Todo el mundo se volvió para mirar mientras la joven más hermosa entraba caminando por la puerta.

Ella tenía el cabello rojo, largo y ojos verdes bondadosos. Su vestido era plateado. Sus zapatillas brillaban, como si estuvieran hechos de cristal. Era la Cenicienta, pero nadie la reconoció. ¡Ni siquiera su madrastra ni sus hermanastras!

El príncipe se quedó boquiabierto. Él nunca había visto a una mujer tan bella como la Cenicienta. Él le pidió que bailase con él. Ellos bailaron juntos toda la noche.



El príncipe pensó que la Cenicienta era bella, pero también amable, inteligente y divertida. Ella se reía de sus chistes y él se reía de los chistes de ella.

Y de repente, ¡el reloj empezó a dar las campanadas de medianoche! Ding... dong... ding... dong....

“¡Oh, no! ¡Me tengo que ir!” dijo sorprendida la Cenicienta y salió corriendo del salón de baile.

“¡No te vayas! ¡Ni siquiera sé tu nombre!” gritó el príncipe. Pero la Cenicienta ya se había ido.

La Cenicienta huyó del palacio tan rápido que perdió uno de sus zapatillas de cristal en las escaleras.

Cuando ella llegó al pie de las escaleras, — ¡DONG! —El reloj terminó de dar las doce campanadas de la medianoche.

El hermoso vestido de Cenicienta se convirtió de nuevo en harapos, y su carroza de oro se convirtió de nuevo en una calabaza.

“Ay”, exclamo la Cenicienta.



Pasaron varias semanas. El príncipe no podía dormir. No podía dejar de pensar en la hermosa joven del baile. Él esperaba que ella regresara a el palacio, pero ella no regresó. Esperaba que ella enviará una carta, pero nunca llegó.

Finalmente, le dio la zapatilla de cristal a un mensajero confiable y le ordenó que visitará a todas las casas del reino.

“¡Encuentra a la chica a la que pertenece esta zapatilla de cristal y traédmela!”

El mensajero visitó cientos de casas. En todas las casas, las mujeres afirmaban que la zapatilla de cristal era de ellas. Pero cuando se probaban la zapatilla, sus pies eran demasiado grandes, o demasiado pequeños.

Finalmente, el mensajero llegó a la casa de la Cenicienta. La madrastra de la Cenicienta respondió a la puerta.

“¡Por supuesto! ¡Por supuesto! ¡Entre usted!”

Ella condujo al mensajero al comedor, donde esperaban las dos hermanastras.





La hermana mayor dijo: “¡Gracias a Dios! ¡Esa es mi zapatilla!” Pero cuando se probó la zapatilla, su pie era demasiado ancho.

La hermana menor dijo: “Hermana tonta... No es tu zapatilla, ¡es mi zapatilla!” Pero cuando se probó la zapatilla, su pie era demasiado pequeño.

La madrastra dijo: “Quítense de en medio, chicas, no es su zapatilla. ¡Es MI zapatilla!” Y se probó la zapatilla. Pero su pie era demasiado grande.

El mensajero preguntó: “¿hay otras mujeres en esta casa?”

“Nadie sino nuestra sirvienta, y la zapatilla, ciertamente, no es de ella...” dijo la madrastra.

“Todas las mujeres del reino debe probarse la zapatilla”, insistió el mensajero.

Cuando la Cenicienta llegó al comedor, llevaba puestos sus harapos habituales. Metió su pie sucio dentro de la zapatilla de cristal y... ¡asombroso! No era demasiado ancho. No era demasiado grande ni demasiado pequeño. ¡Encajaba perfectamente!

En voz baja, ella dijo: “Es mi zapatilla”.

“Por favor, venga conmigo”, dijo el mensajero.

La Cenicienta fue llevada al palacio para reunirse con al príncipe. Ella todavía llevaba puesto su vestido viejo y sucio, y sus brazos, piernas y rostro estaban sucios. Ella miraba hacia el suelo, porque se sentía muy avergonzada.

El príncipe tomó la mano de la Cenicienta.

“Señorita, por favor, míreme”, le pidió él de manera muy amable.

Y cuando ella levantó la cabeza y él se vio en sus ojos verdes, supo que ella era la mujer de la que él se había enamorado en el baile.

Ellos se casaron en la próxima primavera, y pasaron el resto de sus vidas riéndose de sus chistes, el uno del otro.

EL FIN

